

MARCELA

La mañana estaba fresca. Era lo habitual para esas horas. Unos bancos de madera espaciados en la plazoleta y aun húmedos de la noche servían de descanso ante la espera. El frescor traspasaba la recia tela del pantalón y se dejaba sentir durante los primeros momentos.

Ellas, más impacientes o más frioleras, preferían las incómodas sillas de la sala ya abierta previamente, o de cháchara ante la puerta, tras pedir la vez para la consulta.

Cuando llegó ante la puerta no le hizo falta pedir la vez.

- Marcos, tú estás detrás de la Damiana – le dijo su vecina.

- Gracias – respondió, elevando su cachaba al aire, con ese gesto tan peculiar del idioma universal del pueblo. Y fue a sentarse al banco más próximo a la consulta, donde ya estaban aguardando Andrés, que venía a por las recetas de su mujer y Cristóbal, que se limpiaba la moquilla con ese pañuelo mañanero que servía tanto para esto como para aliviar el lagrimeo que provocaba en sus enrojecidos ojos el frescor de la mañana.

- ¿Cómo va eso, Marcos?

- Ya ves, a nuestra edad poco podemos ya pedir – dijo mientras se sentaba colocando su cachaba entre las piernas y sacudía el leve escalofrío que le produjo el frío de la madera del banco – Esta tensión no me deja en paz. Dice el médico que no me la cuida... pero no dejo las pastillas ni un día. Bueno, quizá alguno se me entrabica, pero pocos. Esta noche me ha jodido un dolor de cabeza, que casi no me deja pegar ojo. Y me he dicho, voy a ver si me toma la tensión o lo que sea.

- Será que le pegas demasiado al jamón por no hacerte unas sopitas de ajo...

- ¿Sopitas de ajo? No me han hecho gracia en la vida. Mira que mi difunta madre, que en gloria esté, siempre se las hacía bien picantes a mi padre antes de ir al monte con las ovejas o al campo. Y decía que eso “le daba la vida”. Pero yo prefería un buen cazuelo de leche con hogaza.

- ¡Qué tiempos aquellos, Marcos! Ahora ya lo tenemos todo hecho. Vivir para los hijos, que te acaban sangrando... ¡Coño, qué egoístas que son! Les parece que tienes que estar siempre a lo que digan.

- Los míos... poca guerra me dan.

- ¡Serás jodido!

- Se me fue tan pronto la Marcela

- Pero no me digas que no tuvisteis tiempo, que para eso todos nos apuntamos a cualquier hora – le dijo Cristóbal con una sonrisa mitad picaresca mitad burlona.

Marcos movió la cabeza con un gesto que lo decía todo, mientras por su mente cruzaba la imagen de su Marcela. Su vida no había sido fácil pero en el fondo sabía que ella había estado a su lado, aguantando muchas veces su mal genio y sus rarezas. Bueno, que a ella también había que echarla de comer aparte cuando se le cruzaba el día... pero un año tras otro iban tirando. A veces, mientras él liaba su cigarrito en la mesa de la cocina, sobre aquel imprescindible hule de cuadros, ella pasaba grandes ratos callada, con la vista perdida en el fogón, sentada en aquella silla de paja, su silla, en la que se obraba el gran milagro de cerrar los agujeros de los calcetines, de pelar las perdices, cuando caía alguna por el monte, de moler el café con aquel molinillo que te pellizcaba las piernas si te descuidabas, vuelta y vuelta a la manivela. Parece que la estoy viendo – se decía para sus adentros – callada, con las penas ¿qué penas que nunca dijo? rondándole su mente y con una mirada al levantarse que no se sabía muy bien si iba o venía.

Nunca habían hablado de ellos entre ellos, como dicen ahora que hay que hacerlo. Tenía la sensación, tras marcharse ella, de que algo se les había escapado, que habían vivido juntos, pero eran como unos desconocidos de puertas adentro. Como si nunca hubieran desnudado su corazón... bueno, si solo hubiera sido su corazón... pero es que de lo otro, la verdad es que poco, ¡siempre la luz apagada!... y que acabara pronto. ¿Se habían querido?

- Hoy se está retrasando el médico – dijo Andrés, sacándole de su ensimismamiento – para estas horas otros días ya está aquí. A ver si nos va a hacer esperar media mañana. Antes no pasaba esto. Don Joaquín estuvo la tira de años en el pueblo y bien que nos atendía a cualquier hora. Hombre, había que agradecersele de alguna forma, y con las igualas que le pagábamos, pero nunca te ponía mala cara cuando ibas a deshora. ¡Qué buen señor era!

- ¡Hasta luego, veraneantes! – Era el Nicolás, que con la paciente y vieja burra que podía haber sido de Matusalén, pasaba hacia el soto a dar vuelta al regadío.

- ¡Hasta luego, canijo! Tráete unas lechugas, cuando subas, que ya les haremos aprecio - le espetó Andrés, con el que jugaba la partida en el bar.

- Allá las tienes bien hermosas, “pa cuando quieras” – el Nicolás, mientras se alejaba.

El pueblo ya se iba desperezando. Pasó el panadero con su furgoneta cargado de panes y sobadas para la sierra. El de las verduras y frutas, con su molesta bocina, atronaba el pueblo para anunciar su llegada, calle adentro hasta la plaza. Marcos, no dejaba de pensar en lo que había sido su vida. Es como si ahora, se hubiera abierto el abanico del tiempo y pudiera recorrer paso a paso los recuerdos arrastrándose unos a otros mientras aparecía la imagen de lo que habían vivido todos esos años. Un poco

más... avanzaban los recuerdos, surgían imágenes; su frente se fruncía o alisaba con las fugaces emociones que iban surgiendo. Mientras sus manos, de forma automática e inconsciente, acompañaban con un leve gesto sus pensamientos, aparecía una imagen cada vez más nítida: su Marcela, con el delantal medio recogido en la cintura, la pequeña azadilla en la mano y el cesto de la huerta encastado en el otro brazo cerrado por su mano asida a la cintura, con ese gesto altanero que siempre tuvo, al menos al pasar por el pueblo; la cabeza erguida, su pelo impecablemente recogido en un apretado moño que no se deshacía ni en la cama...

Estaba absorto en sus pensamientos. La mirada perdida. A veces, movía armónicamente su cachaba sobre el suelo, al modo de la batuta que, imperceptiblemente, va marcando y midiendo la melodía de sus días. Sus compañeros de banco seguían hablando mientras conjuraban la espera, pero aunque los oía, no atendía a la conversación abstraído en sus pensamientos, en sus recuerdos cada vez más nítidos. Si pudiera volver las manecillas del reloj de la vida hacia atrás... ¡Se quedaron tantas cosas sin hacer, tantas palabras sin pronunciar, tantas caricias sin salir de las manos...! Le empezó a molestar la luz. Se restregaba los ojos porque algo no le dejaba ver con claridad. Y el dolor de cabeza, otra vez... y hasta una ligera náusea le vino así, de repente.

-¡Adiós, cuadrilla!

Levantó la vista. Alguien, que no reconoció de momento había pasado junto a ellos e iba camino de las huertas. Se estremeció en medio de un escalofrío cuando quiso reconocer esa figura. No podía ser. Se restregó los ojos. Su corazón comenzó a latir desaforado. Y un impulso más fuerte que sus propias fuerzas le arrastraba a caminar detrás de esa enigmática figura. Inconfundible. Pero no podía ser. ¡Su Marcela llevaba años enterrada! ¡Era ella! Y no se había parado al verle a él... Quería llamarla porque sus pasos eran más lentos que los de ella, que se alejaba, pero la voz no le obedecía. Y a su mente acudió una tormenta de ideas y recuerdos. Y, sobre todo, sentimientos que habían aflorado tras su muerte. Se sintió gritando sin voz: ¿Por qué no te dije, aunque hubiera sido una sola vez, que te quería...? ¿Por qué no reconocí tu amor en las ropas zurcidas, en el plato sobre la mesa, en el calor de la cocina encendida desde el punto de la mañana? Me parecía que no era tan importante escucharte, sonreírte, besarte, acariciarte y esperar a que tú también fueras feliz en la cama? ¿Por qué no te llevé antes flores, flores inútiles ya sobre la tierra que te cubría?. ¡Por favor, espérame, que tengo que decirte muchas cosas más! Tengo que decirte ¡que te quiero!...

La vio alejarse sin que volviera la cabeza. Y a él le pareció que era el castigo por no haberla hecho feliz. Ahora le dolía no solo la cabeza, sino también los brazos, que sentía agarrotados, como sujetos a un frío metal. Y, por más que lo intentaba, ya no podía dar un paso más. Como en esos sueños que nunca te dejan correr. Y lloró. Y no le importó llorar... aunque los hombres no lloraran.

Estaba agotado. Le dolía todo el cuerpo como si el risco hubiera caído sobre él. Notó en la boca el sabor de la sangre y dolor, mucho dolor en su lengua. ¿Por qué tenía

el pantalón mojado... y toda esa gente que ahora le miraba y decían cosas que no podía entender?

-¿Habéis visto pasar a mi Marcela? ¡Era ella, os lo juro que era ella!- balbuceó.

-Marcos, te vamos a llevar al Hospital, nos has dado un buen susto. ¿Cómo estás?

Reconoció la voz del médico que, por lo visto, ya había llegado al pueblo... y él sin enterarse. Pero sus ojos buscaban otra cosa. Se quiso levantar, pero no podía moverse. Estaba sujeto con unas vendas en los brazos a una camilla y ahora tenía unos tubos que llegaban desde un techo próximo hacia ellos. Un sueño enorme se apoderaba de él. Aquello comenzó a moverse y oyó una sirena que le alejaba de aquel camino por el que vio marcharse a su Marcela. Lloró, porque era lo único que le aliviaba el alma.